

LA DECISIÓN DE AMAR

Orville Swindoll

En el primer estudio contemplamos la firme disposición de Dios de amarnos por pura gracia, no por algo atractivo en nosotros, ni por ningún mérito nuestro. Por el contrario, Cristo dio su vida por nosotros, el justo por los injustos, cuando éramos aún enemigos de Dios. No hay nada en la historia humana que se compare con ese grado de amor y devoción.

En el presente estudio consideraremos el amor que este gesto divino debe provocar en nosotros. Reconozcamos de entrada que esta clase de amor *para nada* es natural en nosotros. Somos egoístas por naturaleza, concentrados en lo que nos interesa y nos satisface.

Con este sentimiento natural, cuando digo que amo algo o a alguien, lo que estoy diciendo en realidad es que *quiero* eso, me da placer o satisfacción. Hasta no conocer la clase de amor que Dios reveló en Cristo, me resulta antinatural y hasta imposible amar solo porque decida amar. Ni siquiera me parece razonable pensar en amar a alguien que en verdad no quiero. En mi estado natural, querer y amar significan exactamente lo mismo. Uno de los resultados de la obra de Cristo a favor nuestro es señalar lo falso e inaceptable de esa definición natural del amor.

Sin embargo, hoy en día, aun entre los cristianos, esta realidad no es nada clara. Si no quiero a una persona, me resulta imposible amarla. Si ya no quiero más a mi esposa, no estoy dispuesto a amarla más ni convivir con ella. Cuando un matrimonio sufre el desencanto, su expresión más común es que no se quieren más. ¿Para qué seguir juntos? Están dispuestos a echar por tierra sus votos solemnes de jurar amor y fidelidad hasta que la muerte los separe, solo porque no se quieren más.

La misma indisposición se ve en muchas otras relaciones humanas. Padres e hijos están dispuestos a romper la relación paternal por un disgusto o una pelea, sin reconocer la absoluta necesidad de buscar ayuda para reparar y restaurar la relación afectada. Hermanos en Cristo que en otro momento manifestaron su gran felicidad

por encontrarse en una comunidad con tantos otros que amaban al Señor, por algún disgusto o desacuerdo deciden terminar su relación con esa congregación sin procurar una solución basada en su compromiso de convivir en fe y amor. ¿Qué nos dice esto sobre nuestro testimonio de que esperamos vivir juntos en la gloria por toda la eternidad?

Por esto entiendo que es imprescindible que ajustemos nuestro concepto de amor a lo que enseña la palabra de Dios y lo que Cristo ilustró en su vida terrenal, además de su supremo sacrificio por amor a fin de salvarnos y darnos vida eterna.

¿QUÉ ENSEÑA LA BIBLIA?

A continuación vamos a considerar varios textos de las sagradas Escrituras como punto de orientación con respecto al significado del amor. Comencemos con el Antiguo Testamento:

Deuteronomio 6:4–5

Escucha, Israel: El SEÑOR nuestro Dios es el único SEÑOR. Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

Deuteronomio 10:12

Y ahora, Israel, ¿qué te pide el SEÑOR tu Dios? Simplemente que le temas y andes en todos sus caminos, que lo ames y le sirvas con todo tu corazón y con toda tu alma.

Deuteronomio 11:1

Amen al SEÑOR su Dios y cumplan siempre sus ordenanzas, preceptos, normas y mandamientos.

Estos textos del libro de Deuteronomio señalan que el amor al Señor es imperativo; vale decir, tiene que ser decidido, determinado. No se trata de una atracción natural hacia algo que nos interesa. Es para nuestro bien y surge en respuesta al gran amor de Dios para con nosotros. Hay muchos otros textos del mismo tenor.

Observamos que Cristo reafirmó el mandamiento de amar en varios pasajes paralelos de los Evangelios. Prestemos atención a uno de esos en Marcos 12:28–31:

²⁸Uno de los maestros de la ley se acercó y los oyó discutiendo. Al ver lo bien que Jesús les había contestado, le preguntó: —De todos los mandamientos, ¿cuál es el más importante?

²⁹—El más importante es: «Oye, Israel. El Señor nuestro Dios es el único Señor —contestó Jesús—. ³⁰Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.» ³¹El segundo es: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» No hay otro mandamiento más importante que éstos.

Luego vemos que Pedro se refiere a nuestro amor como una decisión de fe en 1 Pedro 1:8–9:

Ustedes lo aman a pesar de no haberlo visto; y aunque no lo ven ahora, creen en él y se alegran con un gozo indescriptible y glorioso, pues están obteniendo la meta de su fe, que es su salvación.

Nadie habla más del amor en el Nuevo Testamento que el apóstol Juan. Consideremos este pasaje en 1 Juan 4:19 — 5:2:

Nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero. Si alguien afirma: «Yo amo a Dios», pero odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto. Y él nos ha dado este mandamiento: el que ama a Dios, ame también a su hermano.

Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios, y todo el que ama al padre, ama también a sus hijos. Así, cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos, sabemos que amamos a los hijos de Dios.

Aquí trata el tema del amor como una decisión consciente, no como un mero impulso sentimental, sea dirigido a Dios o a los hermanos.

Consideremos dos pasajes más del Nuevo Testamento; primero de Pablo en

Romanos 12:1–2:

Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

Aunque en estas frases no se usa la palabra amor, se entiende que la respuesta esperada frente a la gran misericordia de Dios incluye la decisión de amar a Dios sin reservas.

Luego leamos el diálogo entre Jesús y Pedro después de la resurrección. Aquí Jesús procura restablecer a su discípulo caído y desanimado (Juan 21:15–18):

¹⁵*Cuando terminaron de desayunar, Jesús le preguntó a Simón Pedro:*

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero —contestó Pedro.

—Apacienta mis corderos —le dijo Jesús.

¹⁶*Y volvió a preguntarle:*

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

—Cuida de mis ovejas.

¹⁷*Por tercera vez Jesús le preguntó:*

—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?

A Pedro le dolió que por tercera vez Jesús le hubiera preguntado: «¿Me quieres?» Así que le dijo:

—Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.

—Apacienta mis ovejas —le dijo Jesús—. ¹⁸De veras te aseguro que cuando eras más joven te vestías tú mismo e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te vestirá y te llevará a donde no quieras ir.

Para nuestro estudio lo que importa aquí es el hecho de que Jesús quería reafirmar su disposición de seguir orientando y respaldando a Pedro **sobre la base**

de su amor por Cristo.

¿QUÉ NOS TOCA HACER?

Después de este breve análisis de textos sobre el amor, me parece evidente que el Señor desea ajustar nuestra conducta al respecto en tres rubros:

1) Tenemos que comprender el amor de Dios por nosotros.

Sin una idea cabal de la manera en que Dios en Cristo ha manifestado su inmenso amor por nosotros, sería sumamente difícil que nos motiváramos a cambiar nuestro concepto natural sobre el significado del amor.

⁶A la verdad, como éramos incapaces de salvarnos, en el tiempo señalado Cristo murió por los malvados. ⁷Difícilmente habrá quien muera por un justo, aunque tal vez haya quien se atreva a morir por una persona buena. ⁸Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.

⁹Y ahora que hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón, por medio de él, seremos salvados del castigo de Dios! ¹⁰Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡con cuánta más razón, habiendo sido reconciliados, seremos salvados por su vida! ¹¹Y no sólo esto, sino que también nos regocijamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, pues gracias a él ya hemos recibido la reconciliación.

Romanos 5:6–11

2) Debemos responder sin reservas.

Dios espera de nosotros una entrega sin reservas, hasta las últimas consecuencias, del mismo modo que Jesús se entregó a la voluntad de su Padre a fin de redimirnos.

¹⁶Así que de ahora en adelante no consideramos a nadie según criterios meramente humanos. Aunque antes conocimos a Cristo de esta manera, ya no lo conocemos así. ¹⁷Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! ¹⁸Todo esto proviene de Dios, quien por

medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación: ¹⁹esto es, que en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados y encargándonos a nosotros el mensaje de la reconciliación.

2 Corintios 5:16–19

3) Nos toca decidir vivir por amor.

No se trata de un sentimiento ni una emoción, sino de una decisión, una determinación, un compromiso de seguir a Cristo por amor. Jesús dijo:

Así como el Padre me ha amado a mí, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si obedecen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, así como yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

Juan 15:9–10 (véase también Lucas 14:25–27)

AMOR HACIA DIOS Y HACIA LOS DEMÁS

Queda claro, entonces, que nuestra decisión de amar incluye tanto a Dios como a otros. Por las instrucciones de Jesús, nuestro amor por los demás se dirige simultáneamente en cuatro direcciones:

1) Amor al prójimo

Esta orden se menciona primero en Levítico 19:18 («*Ama a tu prójimo como a ti mismo*») y luego se repite muchas veces en el NT (Mt 5:43; 19:19; 22:39; Mr 12:31,33; Rom 13:9; Gál 5:14; Sgo 2:8). No solo se trata de los conocidos o vecinos de costumbre, sino también de los contactos ocasionales.

2) Amor a los hermanos

Pablo escribe en Gálatas 6:10: «*Por lo tanto, siempre que tengamos la oportunidad, hagamos bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe*».

De nuevo, debemos entender que este mandamiento abarca a TODOS los hermanos en la fe, no solo a algunos pocos que nos caen bien. El amor por los

hermanos se fundamenta en el amor al Padre celestial de todos.

3) Amor a la familia

Esto incluye al cónyuge (véanse Ef 5:25–33; Col 3:19; Tito 2:4; 1 Ped 3:1–7) y a los hijos (Tito 2:4). Incluye el honor que deben los hijos a los padres (Éx 20:12; Mt 19:19; Ef 6:1; Col 3:20). Además, Pablo afirma que *«El que no provee para los suyos, y sobre todo para los de su propia casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo»* (1 Tim 5:8).

Debo enfatizar que este amor es más que el afecto espontáneo; se trata más bien de devoción, compromiso asumido y mantenido, la decisión de comportarse mostrando genuino interés por el otro y de vivir para su bien. El amor entre esposos no debe degenerarse en una mera rutina ni en el interés propio o el egoísmo.

4) Amor a los enemigos

Jesús mandó a sus discípulos a amar a los enemigos (Mt 5:43–48; Lc 6:27–35). Escribe H.W. Hoehner: «Este amor se demuestra al bendecir a los que los maldicen, orar por los que los maltratan, y darles con generosidad. Esto revela que el amor es más que amistad basada en la admiración mutua; es un acto de caridad hacia uno que es hostil y no ha mostrado amabilidad. Jesús recordó a los discípulos que es natural amar a los que los aman, pero amar a sus enemigos es un acto de caridad genuina; debe ser una característica de sus discípulos que contraste con los pecadores o gentiles. Un ejemplo de esto se ve en el amor de Dios y su amabilidad hacia las personas malvadas al proveerles sol y lluvia, tal como hace para los que le aman. El NT reitera que, en vez de procurar vengarse, los creyentes deben amar a los que los odian y los persiguen (Rom 12:14,17–21; 1 Tes 5:15; 1 Ped 3:9).»¹

CONCLUSIÓN

Amar a Dios con todo el corazón y toda la fuerza y amar al prójimo como a nosotros mismos es mucho pedir si solo nos dejamos guiar por nuestros sentimientos naturales. La única manera de liberarnos de nuestro egoísmo es

determinar, o sea, decidir amar como Dios ama. Para eso tendremos que aprender a depender de Dios y responder a sus mandamientos con fe.

Aunque el resto del mundo siga permitiendo que sus emociones determinen a quiénes van a mostrar afecto y cariño, los que seguimos a Cristo no podemos conformarnos con ese cuadro patético. El amor propio no levantará a nadie que haya caído o haya perdido el camino. Solo el amor de Cristo, asumido como una decisión de nuestra voluntad, nos dará la posibilidad de ver redimidos a los arruinados, los miserables y aun a los malvados y los enemigos. Con la decisión de amar con fe en Dios, podemos cambiar nuestra propia actitud, nuestra propia familia, el ambiente de trabajo o de la congregación, como también producir un profundo cambio en el mundo donde vivimos. Cristo lo hizo. Nosotros también lo podemos hacer.

Más que un esfuerzo, se requiere un paso de fe, una decisión tomada con confianza en Dios. Determinemos dar ese paso; decidamos amar como Cristo nos amó.

1. H.W. Hoehner, Artículo *Love* [Amor], EVANGELICAL DICTIONARY OF THEOLOGY, 2nd edition, Walter Elwell, Editor (Grand Rapids, MI: Baker Book House, © 2001), p.711.